



EST. BIBLIOTECA NACIONAL  
CHILE  
SANTIAGO



Hipólito Ruiz

ESTAQUA NACIONAL  
CHICLUM  
SANTIAGO

## EPISODIOS BIOGRÁFICOS

DEL SABIO BOTÁNICO ESPAÑOL

# HIPÓLITO RUIZ LÓPEZ

En los anales de la ciencia española se registra una de esas figuras dignas de llamar la atención de la generalidad, y de ponerte al lado de las grandes eminencias que la universal opinión ha colocado en el templo de la fama, sin temor de que aparezca desairada; siendo, por tanto, una de las glorias nacionales que ávidos debemos conservar y enaltecer, rindiendo de tal suerte igual tributo de justicia y admiración á la ciencia, á nuestro país y al superior talento de un modesto profesor, que supo desde su gabinete de estudio llamar la atención del mundo civilizado por sus brillantes trabajos.

El viajero audaz; el observador concienzudo; el infatigable obrero de la ciencia; el coleccionista inteligente; el erudito escritor; el profesor celoso, todo lo vemos reunido en el sabio cuyo nombre es el título de este artículo, y á quien han enaltecido ya en ocasiones diversas biógrafos ilustres, dedicando los frutos de sus brillantes plumas á ensalzar una de las personalidades más dignas del último tercio de la pasada centuria y principios de la presente, llevados del entusiasmo que despiertan siempre las obras de los que desciuelan por cima del nivel de las gentes y dan á su patria días de gloria y á las ciencias tesoros de inestimable precio.

Ha tenido, á la verdad, en varias ocasiones biógrafos muy dignos, sin que nuestra

humilde pluma tuviera necesidad de consignar sus hechos. Pero el deseo de rendir el tributo de admiración y de justicia á un sabio español, al propio tiempo que haber tenido la satisfacción de conocer y apreciar algunos documentos originales y autógrafos del mismo, no publicados todavía, nos han dado motivo para exponer estas consideraciones, sin otro objeto que la publicación de tales datos y movidos al propio tiempo de nuestras aficiones a los estudios biográfico-científicos, en la seguridad de que este nombre no es de los que han menester panegiristas, bastando los hechos realizados para romper el hielo del olvido y conjurar la indiferencia social, en cuyo panteón se hunden las edades y los hombres.

La villa de Belorado, en la provincia de Burgos, fué donde vió la luz primera Hipólito Ruiz López, el 8 de Agosto de 1754. Aunque descendiente de noble estirpe y enlazado por algunos vínculos de parentesco con aristocrática familia, sus padres eran de modestísimas costumbres, que trasmitieron á su hijo, el cual sólo consideró el trabajo como el mayor y más grande de los títulos de gloria que podían enaltecerle, y los triunfos que con el mismo alcanzara, como la mejor de las coronas que pudiera ostentar para distinguirse ventajosamente y merecer el aprecio y la consideración de propios y extraños.

Nada diremos de sus primeros pasos en la vida, para evitar la monotonía de difusas y poco amenas narraciones. Nos fijaremos tan sólo en los rasgos más salientes de su existencia científica, donde ha dejado señaladas las huellas de su genio, no como el rápido y pasajero meteoro, sino como benéfico sol que ilumina sin deslumbrar.

Se halla, pues, justificado el que sus hechos se consignen y perpetúen, por lo cual no vacilamos en señalarlos, en la seguridad de que no se ensalza á una medianía oscura que la opinión escucha con desdén su nombre, sino á una de esas entidades, que son conocidas y celebradas por derecho propio, aun cuando enmudecieran sus biógrafos.

Desde luego su familia quiso darle alguna instrucción, superior á la que adquiriera en el pueblo de su naturaleza, y á los 14 años se trasladó á Madrid, bajo la tutela de su tío, el farmacéutico D. Manuel López, para verificar fundamentalmente algunos estudios, habiéndose dedicado, después de adquirir algunos conocimientos de lógica y de física (cuál entonces esta ciencia se enseñaba), á la botánica, que con verdadera afición aprendió, primeramente en las cátedras establecidas en el Colegio de Farmacéuticos y después en el jardín botánico, situado á la sazón en el sitio denominado Soto de Migas Calientes, no tardando en adquirir aventajado concepto entre los ilustres profesores Gómez Ortega y Palau, que no podían menos de ver con satisfacción la asiduidad del joven principiante, en unos estudios que no tenían desgraciadamente en nuestro país gran número de secuaces.

El año 1777, cuando á la sazón contaba Ruiz 23 años, decretó Carlos III que se formase una Comisión científica, con objeto de proceder al examen de las producciones naturales de la América meridional, en la seguridad de que había en el mundo del inmortal Colón no poco que investigar y conocer, encerrándose multitud de secretos que habían de producir al revelarse gran sensación y tener inmensa trascendencia en varios ramos de los conocimientos humanos. Era, en efecto, de interés realizar este viaje, y Ruiz fué designado, á pesar de sus juveniles años, para dirigir tan honrosa peregrinación y emprender tamaño cometido.

En efecto; la idea de ir á la expléndida

región americana, en pos de lo que la naturaleza ha prodigado á manos llenas en tan vasto continente, no podía ser más oportuna ni más digna de aplauso. Por otra parte, la elección para tan difícil empresa en un joven apenas salido de la adolescencia, había, sin duda alguna, de serle altamente grata. Además, la multitud de objetos que á su vista se presentasen, la fastuosa vegetación que bajo aquellos encendidos horizontes se ofreciera, no podía menos de ser poderoso estímulo al talento analítico y observador de que había dado hertas pruebas, á su temprana edad. La brillante manera con que llevó á cabo su cometido, fué la mejor sanción del acierto con que fijó el Gobierno su pensamiento en tan idónea persona.

Visitar la expléndida y fastuosa región americana con objeto científico, no podía ser más de su agrado, ni constituir más bello ideal de sus aspiraciones y ventura. Aquellos bosques vírgenes; aquellos árboles, cuyas altas copas se pierden en lo invisible; aquellas flores, cuyos vivos colores y grato aroma denuncian la feracísima tierra en que brotaron, no podían menos de ser un aliciente poderoso y un estímulo irresistible para quien tiene el talento de observación y caudal de conocimientos bastante, para contribuir al progreso y aumentar los tesoros de la ciencia con descubrimientos y conquistas nuevas.

Los estudios botánicos, que ofrecen, sin duda, gran número de atractivos, son en estas regiones objeto de una mayor predilección por parte del que á tales conocimientos se dedica. Plantas desconocidas en Europa, que contienen zumos de actividad extraordinaria, que lo mismo pueden privar de la existencia rápidamente que servir de poderosos elementos de vida; flores de encendidos matices y suavísimos aromas; frutos de sabor gratísimo, todo produce en el ánimo del observador que mira los objetos, más con la elevación del pensamiento que con la esterilidad del que los enumera sin criterio, una impresión imperecedera y una huella inextinguible.

En vano sus amigos y deudos le pusieron de manifiesto los peligros de tan largo viaje y las mortíferas condiciones de aquellos lejanos países para los habitantes de Europa, sobre todo hallándose, cual se encontraba Ruiz, faltó de salud desde algún tiempo antes. Pudo más el deseo de ensanchar los

horizontes de la ciencia y de acumular descubrimientos á los datos conocidos, que la idea del riesgo á que se exponía. ¿Era, pues, necesaria su actividad, su inteligencia, su aptitud, sus estudios, su vida? Pues todo se hallaba dispuesto á sacrificarlo en aras de la patria y de la ciencia, objetos queridos y verdaderas aspiraciones de sus gratos ensueños.

Se embarcó el 17 de Octubre y partió de Cádiz, en el navio *Peruano*, el 4 de Noviembre del referido año 1777, llegando á Lima el 8 de Abril del año inmediato. Le acompañaron el farmacéutico D. José Pavón, que le auxilió poderosamente en sus trabajos; los dibujantes D. José Brunete y D. Isidro Gálvez y el botánico francés Mr. Dombey, Doctor en medicina, que por orden de su soberano Luís XVI y con el asentimiento del Gobierno español, se unió á la Comisión, con objeto de contribuir al descubrimiento de las producciones naturales que encerraba el rico suelo de la meridional América. Bajo tales auspicios se encaminaron á tan lejanos países, con la fe del que sólo siente el fuego del entusiasmo y la grandeza del pensamiento que realiza.

Las dificultades insuperables de que su viaje estuvo erizado no hay para qué enumerarlas minuciosamente, bastando sólo mostrar los brillantes resultados obtenidos, para revelar la inmensa suma de trabajo que supone el cúmulo de datos y riquezas reunidas en sus libros y memorias, con las cuales contraíó méritos extraordinarios á los ojos de cuantos saben apreciar el valor de tales hechos. Sus obras son monumentos que la bibliografía científica debe conservar avara en sus archivos, por las ideas verdaderamente originales expuestas en sus glorioas páginas.

Preciso era, sin duda, hallarse dotado de grande entusiasmo para llevar á feliz éxito una empresa rodeada de tantas dificultades. De una parte lo escabroso del terreno, por cuyas vírgenes espesuras había necesidad de abrirse paso con cuchillos de monte; por otro lado la atmósfera de fuego que respiraban, contribuían á poner á duras pruebas el valor de aquellos expedicionarios, llenos de juventud, y de ilusiones, pero con la triste amargura de hallarse lejos de sus hogares, en remotos climas, con inminentes y continuados riesgos, librando, en fin, una batalla, cuya victoria, no por ser silenciosa y pacífica, era

menos elevada y digna de universal admiración.

Los escritos de Ruiz revelan algunas de las penalidades de que fueron víctimas él y sus compañeros en aquella larga expedición. El calor, el hambre, la fatiga, la sed, los terremotos, las tormentas, las plagas de insectos, el peligro de sufrir encuentros con las fieras, asechanzas de malhechores, tracciones de los mismos esclavos que les servían de criados, precipicios inmensos que á su paso se oponían; montes inaccesibles que salvar; ríos y torrentes caudalosos que atravesar, todos estos y otros varios sinsabores fueron experimentados por los expedicionarios, cuyas obras podrían muy bien llamarse las apoteosis de los héroes del trabajo y mártires de la ciencia, viéndose en sus páginas los episodios de inacabable perseverancia en la realización de una obra levantada y magnífica, en la que deben admirarse los sacrificios sintetizados en sus líneas.

La lucha no fué solamente con los elementos, sino con muchas gentes supersticiosas del país, que los consideraban con marcada y profunda antipatía, teniendo muchas veces necesidad de pedir protección á las autoridades para la defensa de sus personas e intereses, así como de los objetos que recolectaban. Por eso ha de quedar eternamente grabados en los fastos de la historia científica aquellos atrevidos viajes, en que cinco modestos expedicionarios combatieron contra todo lo que les rodeaba, sin otras armas que su talento, su ciencia, su probidad, energía, entusiasmo y constancia.

Dió comienzo á sus trabajos botánicos el 4 de Mayo de 1778, continuándolos durante tres años y ocho meses por varias provincias y montañas del Perú, embarcándose después para Chile en el puerto del Callao, permaneciendo en el ameno país chileno por espacio de 22 meses, recorriendo sus poéticos pensiles, sus deliciosas costas, sus accidentadas cordilleras y fértiles campañas, examinando cuidadosamente todas las producciones naturales de un suelo que tan expléndida y pródigamente las ofrece. No fué estéril, ni mucho menos este viaje, pues recogió gran número de ejemplares de plantas y algunos otros objetos, que constituyeron parte muy importante de sus ricas colecciones, donde tanto había que admirar por su valor científico.

La infinidad de plantas que recolectó

fueron estudiadas minuciosamente después, con presencia de los datos y noticias que acerca de las mismas recogiera. Presentó dibujos de 2.500 vegetales ó sus partes, del tamaño natural y con los propios colores de las plantas vivas. Llevó un diario exacto, desde su salida de Madrid hasta el regreso, por cuyo motivo sus trabajos no resultasen estériles, cual acontecería, fiendo á la memoria hechos importantes que habían de tener inmensa trascendencia en los resultados posteriores.

En Abril de 1780 salió de Lima, llegó hasta el asiento de Ambo y desde aquí á Huanuco; enseñó la recolección metódica de la quina y obtuvo por vez primera el extracto en medio de aquellas montañas; recolectó y desecó algunas preciosas aves, hasta que pasó en Julio á las montañas de Cuchero, donde faltó de viveres, tuvo necesidad de volver á Huanuco, en cuyo punto clasificó las plantas recogidas y las dispuso convenientemente para enviarlas á su Gobierno.

Al año siguiente se dirigió á las orillas del Marañón, donde hizo preciosas adquisiciones de plantas, para después recorrer Torre Blanca y Huara con satisfactorio resultado.

Después de haber padecido en Tarma y en Huanuco enfermedades graves, que pusieron en peligro su vida, se embarcó para Chile el 25 de Diciembre de 1781, llegando al puerto de Talcuagano el 2 de Febrero del año siguiente, habiendo trabajado en tan delicioso país por espacio de 22 meses, ocupándose en describir cerca de cuatrocientas especies de plantas, de las cuales mandó sacar dibujos de trescientas, y recogió varias otras producciones, tanto minerales como del reino animal.

Padeció después otra enfermedad más grave que las anteriores en Santiago de Chile, que le duró cincuenta y tres días, y vuelto al Perú, comenzó á ordenar inmediatamente las colecciones, que había dejado depositadas en Lima, y dispuso su embarque en el navio *San Pedro Alcántara* con destino á España. Pero entonces recibió una Real orden para que continuase sus descubrimientos e investigaciones científicas por las provincias de Tarma y Huanuco. Aun cuando el estado de su salud era poco satisfactorio, estuvo por espacio de tres meses en aquellas ásperas montañas, al cabo de los cuales tuvo el disgusto de saber que dicho

navio *San Pedro Alcántara* se estrelló contra una roca, con cuya pérdida habían también desaparecido los valiosos objetos que depositara en el mismo. Mas no fué esta la única contrariedad en tal sentido; pues un incendio acaecido poco después en la hacienda de Macora, acabó con su equipaje y muchos de los preciosos manuscritos botánicos que conservaba como fruto de su laboriosidad e inteligencia.

En el verano de 1784, hizo repetidas excursiones por los campos de Muña y las alturas de Portachuelo, donde pudo admirar deliciosos paisajes, accidentados por la cordillera de los Andes, cuyas altas cimas, coronadas por eternas nieves, forman pintoresca perspectiva con las regiones inferiores, en que la vida se cierne en medio de aquel sol que ilumina y abrasa; llegó á pie hasta el río Huacabamba, donde rendido por la fatiga, viose precisado á volver á Huanuco, no sin haber recolectado gran número de plantas ni cesado de admirar aquella flora tan multiplicada y fauna tan digna de estudiarse por diversos conceptos.

La pérdida del *San Pedro Alcántara* produjo en su ánimo, como era natural, grave disgusto, pero no fué suficiente á hacerle desmayar un ápice en su titánica empresa. Dotado de perseverancia y tenacidad, creciase en las contrariedades á medida que le salían al paso, y vencía los obstáculos en el orden en que se le presentaban. Rehizo las descripciones perdidas, reprodujo los dibujos ya hechos anteriormente, herborizó y recolectó de nuevo las plantas extraviadas, y hallándose en estas fructiferas excursiones en los cerros del Pillao, fué donde recibió la Real orden de regreso á España, comunicada por el intendente general. Esto acontecía en Agosto de 1787 y continuó hasta el mes de Enero de 1788 con el fin de corregir, ordenar y disponer para tan largo viaje el fruto de sus trabajos, que colocó en 24 cajones, donde se encerraban los ricos productos y preciosos manuscritos.

Prefirió Ruiz recolectar objetos y venir á España á publicar la Flora, antes que verificar la publicación en América, obedeciendo también las indicaciones del Gobierno.

Así es que en 31 de Marzo de 1788 se hizo á la vela en el puerto del Callao, llevando consigo las magníficas colecciones, donde figuraban plantas sencillas y minerales, colocadas en los buques *Jasón* y *Dragón*, en

el cual se embarcó, trayendo á su patria el fruto de once años de incansables trabajos, que representaban penalidades sin cuenta, y colocando su nombre en el alto lugar que la consideración pública reserva á los que tienen, como él, abnegación, valor, fe, entusiasmo, constancia y tenacidad en sus empresas.

Durante la navegación del viaje de vuelta corrigió las descripciones de varias especies de plantas; observó detenidamente las horas en que varía de posición el vegetal denominado *Porliera higromérica*; y consiguió, gracias á sus cuidados, conservar las plantas vivas que traía en las macetas.

Una vez en España, donde arriba á Cádiz en 12 de Septiembre de 1788, se trasladó á Madrid y continuó sus trabajos botánicos, dedicados principalmente á preparar, en unión de su colega Pavón, la publicación de la magnífica obra titulada *Flora peruviana y chilense*, en la cual habían de consignarse aquellas ideas tan valiosas, que tanto provecho habían de reportar á la ciencia, á la sociedad y á la nación.

En su largo viaje, sostuvo por si sólo toda la correspondencia; envió y trajo por triplicado los manuscritos de sus descripciones botánicas, así como también en macetas, algunas plantas vivas, teniendo la suerte de que atravesaran sin perecer á los rigorosos frios del Cabo de Hornos. Registró, como era natural, gran número de obras de botánica, para examinar las plantas que se habían publicado antes ó después de su viaje, con el objeto de no presentar como novedades lo que ya era conocido, por lo cual mereció desde luego que sus obras alcanzaran la reputación y seriedad de un trabajo clásico.

Dos años después de su regreso á la Península adquirió el título de farmacéutico, cuya carrera se hallaba tan intimamente relacionada con sus estudios favoritos, y por otra parte la circunstancia de haber pasado sus juveniles años auxiliando á su deudo el Sr. López en el ejercicio de esta profesión, fueron motivo que le impulsaron á honrarse con un diploma que adquirió con verdadera complacencia (1). Dicho título le fué expedido el 5 de Febrero de 1790 y está autorizado con las firmas de los Profesores Díez, Enciso, Ortega y Rivillo.

No se eximió de experimentar Ruiz

amarguras, debidas á sus émulos y contemporáneos, pagando su correspondiente tributo á lo que todo el que descubría entre la generalidad, se ve forzosamente obligado á contribuir. Las satisfacciones que experimentara con los aplausos de la opinión pública, debidas á la fama que adquiriera en toda Europa, apresurándose las primeras sociedades sabias del mundo á remitirle sus diplomas de honor, se vieron contrariadas por algunas disidencias y discordias con otros naturalistas, así como también por la exigua recompensa que obtuviera en su país, si bien después se reconociera unánimemente la importancia de sus trabajos y el valor de sus sacrificios.

La primera obra que se dió á luz pública, fruto de la expedición botánica á la América meridional, fué la *Quinología*, ó tratado de la quina, que se imprimió en Madrid en 1792, y forma un tomo en 4.<sup>o</sup> de 104 páginas, que se tradujo al italiano en el mismo año; al alemán en 1794 y al inglés en 1800. La obra está dividida en dos partes, exponiendo en la primera el descubrimiento de los vegetales que suministran las quinas, los signos para la elección de estas cortezas y otros varios detalles, y en la segunda, una perfecta descripción de estos árboles, con lo cual se demuestra que el referido libro es el más elocuente testimonio del importantísimo servicio que reportó el país de la referida excursión. Por lo demás, la historia de la quina, en vuelta primero en las tradiciones de los indios, conocedores ya de sus virtudes febríferas, hasta su introducción en Europa, que data de 1640, en que la Condesa de Chinchón, vireina del Perú, consiguió verse libre de unas intermitentes rebeldes á varios tratamientos, se halla brillantemente expuesta en la obra á que nos referimos.

En el suplemento que publicó en 1801 se contestan á varias observaciones que la crítica hizo á este libro.

Dedica la *Quinología* en 15 de Agosto de 1791 al Conde de Floridablanca, Ministro á la sazón de Carlos III, como tributo de gratitud por haberse dignado conferirle la honrosa comisión de que estuvo encargado. Dice Ruiz que se hallaba obligado á consagrarse las primicias de sus peregrinaciones por América, sobre todo tratándose de una sustancia á la cual debía el Conde la recuperación de su salud, cuya sustancia, para gloria de nuestra nación, ha sido de

(1) Véase el apéndice.

origen español, y el mundo entero debiera siempre recordar que á España debe un precioso medicamento, indudablemente de los que pueden asegurarse que mayor número de víctimas ha disputado á la muerte.

Veamos el siguiente párrafo de Ruiz en el prólogo de esta obra:

«Aun antes de la separación de Mr. Dombey, que por el quebranto de su salud se vió precisado á regresar á Europa en el año 1784, había ya tenido la fortuna de reconocer en flor, el año 1779 en las montañas de Cuchero, provincia de los Panatahnas, á 85 leguas de Lima y á más de 140 de Loja, el verdadero Cascarillo, que determiné por el repetido examen de su fructificación y comuniqué á todos mis compañeros. Esta feliz circunstancia, junta con la obligación en que me había puesto la dignación del Rey nombrándome por su primer botánico, y confiándome, en calidad de jefe y principal de los demás, la dirección de la expedición, me impelió á dedicarme con particular esmero en los cuatro años que subsistimos en el Perú, después de retirado Mr. Dombey, á indagar, observar, recoger, describir y dar á dibujar cuantas especies de Cascarillos se presentaron á mi diligencia, que logré fuese hasta siete. La observación y cotejo de tan considerable número de especies me facilitaron corregir y perfeccionar más y más la descripción del carácter del género *Cinchona*, bosquejado por el inmortal Linneo y mejorado en el *Suplementum plantarum* por su hijo, con el auxilio de las noticias comunicadas por nuestro insigne botánico y naturalista D. José Celestino Mutis, de cuyas esmeradas y dilatadas tareas en el reino de Santa Fé por espacio de 30 años, debemos prometernos excelentes observaciones sobre el verdadero árbol de la quina y la historia de algunas especies de Quinos, que se tiene ha descubierto en sus viajes, muy diversas en general de las que aquí se describen, y entre las cuales es de creer habrá también alguna común á aquellos territorios y á los que yo he recorrido en mis peregrinaciones. Y aunque Mr. de La Condamine, en la memoria del árbol de la quina, describió y dibujó un ramo de los Cascarillos que observó en los montes de Cajanuma, se advertirá, por el cotejo con las nuestras, que no se detuvo suficiente tiempo para discernir botánicamente las especies que vió como curioso viajero.»

Por lo que antecede se deduce la importancia de un trabajo, que rectificaba algunos errores cometidos en este asunto, acerca del cual reinaba alguna confusión. Contiene muchas descripciones hechas á la intemperie, rodeado de peligros, con las manos ensangrentadas por las ramas de los árboles á donde hubo de trepar, todo lo cual lleva ese sello de verdad y de exactitud, imposible de trasmitir á los trabajos descriptivos, hechos lejos del sitio en que los objetos viven.

La publicación de la *Flora peruana y chilense* fué un acontecimiento en la ciencia española. Contribuyeron á esta benemérita empresa varios particulares, entre los que se distinguieron el Arzobispo de Méjico, el Obispo de Santiago de Chile, el Marqués de Osorno y otras personas, á pesar de cuyo valiosos auxilios sufrió todavía algunas dilaciones y entorpecimientos antes de salir á luz. Mas por fin apareció en Madrid en 1794, lujosamente impresa, cual salían las obras de la famosa casa de Sancha, cuyas magníficas ediciones constituyen la admiración de todos los bibliófilos.

Forma un tomo en folio de 154 páginas y contiene 149 géneros, de los cuales figuran como nuevos 130. Contiene un prólogo, que refleja la importancia botánica de la obra, escrita en correcto y cuidado estilo, la que da á entender que sus autores no consideraron incompatible el conocimiento de las letras con los estudios botánicos.

Escribió varias disertaciones y memorias sobre la ratanía, calaguala, bejuco de la estrella y alhoy china, canchalagua y raíz de purhampuy ó china peruana. Las relativas á la ratanía, calaguala, china y canchalagua, se insertaron en el tomo I de las Memorias de la Real Academia médica de Madrid en 1796; la referente á la canchalagua en 1797; la de la raíz de ratanía forma un folleto de 48 páginas y una lámina. La que se refiere al purhampuy ó china peruana, fué publicada por su hijo D. Antonio en 1821 y constituye un folleto de 96 páginas. Todas estas obras contienen datos verdaderamente originales, y pueden calificarse de adquisiciones científicas, á partir de las que se han escrito después por otros autores numerosos volúmenes.

La disertación sobre la raíz de ratanía es curiosa en alto grado. Impresa en Madrid en 1799, se insertan, entre otros asuntos relativos á tan interesante monografía, algu-

nos casos clínicos notables relativos al descubrimiento de la virtud estíptica de dicha raíz. Un hijo de un platero de Lima padecía una hemorragia imposible de cohibir, que ponía su vida en inminente riesgo, y le fué curada con el extracto de ratanía. Una joven esclava de la ciudad de Huanuco alcanzó la misma suerte. Con igual resultado se administró á la hija del médico y cosmógrafo mayor del Perú, D. Cosme Bueno, por lo cual no se vaciló en considerar esta sustancia como la adquisición de un nuevo y apreciable medicamento.

El eco inmenso que en el mundo sabio produjeron los descubrimientos de Ruiz, fué interrumpido por las perturbaciones acaecidas en nuestro país durante la guerra de la Independencia. Amante de la ciencia cual nalie, fué español antes que todo, y rechazó con dignidad un cargo facultativo que Napoleón le asignó, cuyo acto llamó la atención hasta de los mismos partidarios del Gobierno usurpador, que no podían menos de observar la entereza de carácter y el gran entusiasmo patriótico de quien, sin haber sido justamente recompensado cual sus sacrificios merecían por el Gobierno de su país, cerraba los oídos á toda su gestión y sólo brotaba de su pecho el grito de ¡Viva España! ante cuya frase debían borrarse todas las diferencias de política y de escuela.

Formó una familia, uniéndose en sagrado vínculo con honrada esposa, de quien tuvo ocho hijos, algunos de los cuales han sido dignos continuadores de sus glorias.

Su porte era grave, sin que jamás saliesen de sus labios más que frases convenientes, pero sin afectación ni envanecimiento. Su retrato, representado fielmente en el grabado que figura al frente de este trabajo, sacado de un ejemplar que debemos á la bondad de su familia, se halla también decorando el magnífico techo del paraninfo de la Universidad Central, verdadera apoteosis del genio, que la galana pluma del Sr. Castellar describió con la inimitable brillantez que le es propia el año 1858 en el artículo que finaliza el anuario del referido establecimiento de enseñanza.

Su muerte acaeció en 1816 cuando contaba 62 años. Rodeado de sus deudos y amigos vió llegar el fin de sus días, que terminaron, más por los infortunios y accidentes de su pasada existencia, que por el peso de los años. En medio de todo, tuvo la grata satisfacción de

fallecer en el seno de la tranquilidad del hogar doméstico, cuando tantas veces se halló en los linderos de la muerte, á muchas leguas de su patria. Los últimos años los pasó completamente retraído de la sociedad y dedicado tan sólo á saborear los dulces encantos de la familia, en cuyo regazo se complacía en recordar sus anteriores episodios y sus pasadas campañas.

Terminamos, pues, este trabajo con el presentimiento de que habrá merecido á los ojos del lector el personaje de que nos ocupamos todas las simpatías del que se enaltece por sus propios esfuerzos, y que le consagrará eternamente un recuerdo como se tributa á una verdadera gloria nacional. Este es el título que le corresponde, y el que le ha adjudicado el tribunal de la opinión en su inapelable fallo.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

## APÉNDICE

Como curiosidad copiamos á continuación el título de Farmacéutico que poseyó el señor Ruiz López, que debemos á la bondad de su hija política D.<sup>a</sup> Petra Benítez y sus nietas, en cuyo poder se halla dicho documento:

### COPIA DEL TÍTULO.

«Nos D. Juan Diaz, boticario mayor de S. M., su Proto-farmacéutico; D. José Enciso, boticario de S. M.; D. Casimiro Ortega, primer Catedrático de Botánica, y D. Francisco Rivillo, boticario de S. M.; Jueces, Alcaldes mayores, Examinadores perpétuos del Tribunal del Real Proto-medicato de los Boticarios y cosas pertenecientes á la Facultad de Farmacia en todos los Reinos y Señorios de S. M., etc. Hacemos saber como ante Nos y en nuestro Tribunal, pareció presente el primer Botánico de la expedición del Perú, D. Hipólito Ruiz, natural de la villa de Belorado, diócesis de Burgos, que es un hombre de buena estatura, con una cicatriz al final del labio superior al lado de recho, y pelo castaño claro, á quien por haber ejercido más de cuatro años con maestros aprobados la Facultad de Boticario y hécholo constar por la información que presentó, recibimos á examen en ella y examinamos en la latinidad y teórica y práctica de dicha Facultad, haciéndole cuantas preguntas y repreguntas fueron conducentes, y por haber satisfecho á ellas muy cumplidamente, le aprobamos. En cuya consecuencia damos licencia y facultad cumplida al dicho D. Hipólito Ruiz, para que libremente, sin pena ni calumnia alguna, pueda usar y ejercer la expresada Facultad de Boticario y los casos y cosas á ella tocantes y concernientes, en todas las ciudades, villas y lugares de los Reinos y Seño-

ríos de S. M., asentar y poner su botica pú-  
blica en ellos. Y del susodicho recibimos  
juramento de que defenderá el Misterio de la  
Purísima Concepción de la Virgen María  
Nuestra Señora, de usar bien y fielmente su  
facultad y de dar á los pobres las medicinas  
que pudiere, lo que prometió cumplir. Por  
tanto, de parte del Rey Nuestro Señor, exor-  
tamos y requerimos á todos y cualesquier,  
sus jueces y justicias, la dejen y consientan  
usar la referida facultad, sin ponerle impe-  
dimento alguno, ni consientan que sobre  
ello sea vejado ni molestado, so las penas  
en que incurren los que se entrometen á  
conocer de jurisdicción que no tienen, y de  
diez maravedises para la Cámara de S. M.,

antes le guarden y hagan guardar todas las  
honras, gracias, mercedes, franquézas, li-  
bertades, prerrogativas e inmunidades que á  
semejantes facultativos aprobados, suelen y  
deben ser guardadas, haciendo se le paguen,  
cualquier maravedís y otras cosas que por  
razón de su facultad le fueron debidos. Y  
declaramos que el susodicho ha pagado el  
derecho de media annata. Dado en Madrid á  
cinco de Febrero de mil setecientos noventa  
años.

Firmado.—D. Juan Diez, D. José Enciso,  
Dr. D. Casimiro Ortega y D. Francisco Ri-  
villo.»—(*Es copia.*)

Da fé el escribano del Proto-medicato  
Manuel Gorgullo.